



José Antonio Abella

El escritor burgalés publica 'El corazón del cíclope', una de las grandes sorpresas del año

Fundación

Cajasol

NOVELA

Palabra de cíclope

José Antonio Abella publica 'El corazón del cíclope', una de las grandes sorpresas del año

Diego Marín Galisteo

Hay cuadernos que aparecen, pasado el tiempo, para contarnos aquello que no pudo o no quiso compartir un escritor que ya no está. Olvidados, ocultos o perdidos en cajones hasta que, por necesidad, por interés o por generosidad, alguien los saca del polvo para llevarlos a los lectores. Hay casos más raros. También los hay más especiales: cuadernos que son encontrados por un escalador en una cueva situada en una pared casi vertical de la cordillera Cantábrica y que terminan en manos de un primo suyo. Esta secuencia imprevisible nos convierte en potenciales lectores de una de las mejores novelas escritas recientemente. El primo mencionado, por cierto, se llama José Antonio Abella.

Con 'El corazón del cíclope', Abella resultó este año ganador de la 70ª edición del Premio de Novela Ateneo-Ciudad de Valladolid. El jurado formado por Angélica Tanarro, Gustavo Martín Garzo, Care Santos, Manuel Vilas y José Ángel Zapatero destacó «la calidad de la escritura, el dominio de los tiempos narrativos y un original enfoque sobre las décadas anteriores a la Guerra Civil, conjugando el mito y la realidad, y todo ello arropado por una ambiciosa construcción narrativa con un sorprendente final lleno de humanidad». No es casualidad, este autor ha publicado diez novelas y un libro de relatos. Con 'La sonrisa robada' (2013), basada en la historia real del poeta y pintor José Fernández Arroyo, obtuvo el Premio de la Crítica de Castilla y León.

No es necesario pasar muchas páginas para constatar las palabras del jurado. El escritor, nacido en Burgos en 1956, nos mueve a través de distintas épocas marcadas por acontecimientos fuertemente acentuados: el inicio de la era industrial, la Primera Guerra Mundial, las huelgas de 1917, la dictadura de Primo de Rivera, la llegada de la Segunda República, la revolución del 34 y la Guerra Civil. José Antonio Abella afirmó en una entrevista que comenzó a escribir esta novela hace veinte años, y que a veces «las historias tropiezan con muros que parecen infranqueables, pero que el propio paso del tiempo se encarga de derribar», y aquí deja ver su proceso creativo como escritor, pero también, en parte, como escultor: suya es, por ejemplo, la estatua de un diablillo llamado Segodeus que puede verse en Segovia (lugar de residencia de Abella) haciéndose una autofoto.

En la novela, Leo, el protagonista, nacido en 1900, nos hace partícipes de los cambios que él mismo va narrando y que nos colocan de entrada en una familia que vive la tragedia de manera repetida, pasando por su trabajo en una ferrería, las huelgas mineras o su vida con los maquis al finalizar la guerra, que harán que termine viviendo en una cueva de difícil acceso junto a un rebaño de cabras.

Este particular cíclope llegó al mundo en Valferrado, ubicación surgida de la imaginación de Abella, con coordenadas exclusivamente literarias, y que sitúa en una zona de la cuenca minera que él conoce bien: pasó varios años allí ejerciendo su profesión de médico rural. En la época en la que transcurre la novela, en concreto la que existe antes de la República, la sociedad es



José Antonio Abella.

«El escritor nos mueve a través de distintas épocas marcadas por acontecimientos fuertemente acentuados...»

definida por Leo como aquella que «generaba hombres ignorantes que generaban una sociedad ignorante». La crueldad de esta panorámica no fue obstáculo para encontrar a personas que quisieron ayudar al joven, destacando especialmente la figura de su maestro Martín Pollo, que le pide al padre que no lo saque de la escuela: «Leo tiene las manos pequeñas, pero en su cabeza cabe el mundo. Ve crecer la hierba, créame». Y no se equivocaba el maestro cuando, más ade-

mano en el momento justo, para que cada uno de nosotros elija qué camino tomar para cerrarla.



'El corazón del cíclope'. Autor: José Antonio Abella • Editorial: Menoscuarto • Palencia, 2023.

lante, leemos estas palabras del protagonista: «Sobre el labio superior se le habían formado esas diminutas arrugas verticales de quien se ha pasado la vida poniendo freno a las únicas palabras importantes, apretando en los labios la hiel muda de los sueños perdidos». Ver crecer la hierba, entonces, se convierte con los años en un arte que nace de la capacidad de observación de quien ha aprendido a estar consigo mismo, sin engaños: «Basta con mirar dentro de uno mismo, ya lo dije. Entre el niño que fui y el hombre envejecido que ahora soy, lo único común es la continuidad imprevisible del paisaje interior, tan cambiante como el de fuera». Precisamente, el paisaje salvaje de fuera es el que termina por darle cobijo, la naturaleza que no permite las máscaras de la civilización.

Así, llegará a la cueva para contar su historia y dejarla escrita en seis cuadernos llenos de momentos memorables, como el que tiene lugar en el cementerio en el que ha de cavar él mismo una tumba para ayudar a Segundo Barroso, el enterrador. Una escena que está narrada con auténtica maestría y delicadeza. La misma que hace falta para llevarnos hasta el final de una historia que nos soltará de la

TRES FORMAS DE OBSERVAR

El diccionario de la RAE ofrece, en su primera acepción, la siguiente definición de la palabra observar: «examinar atentamente». Añade algún ejemplo: «observar los síntomas de una enfermedad». Labor realizada, por ejemplo, por un médico que atiende a un paciente que espera un determinado diagnóstico. Más adelante, en su tercera acepción, señala: «advertir, reparar». Aquí, en el sentido de notar algo; como dicen que apuntó Miguel Ángel cuando fue preguntado sobre cómo había conseguido esculpir el David, y contestó que la estatua estaba dentro del bloque y que él tan solo quitó lo que sobraba. El término observar se cierra con una cuarta acepción: «mirar con atención y recato, atisbar». Para esta última, pero también para las anteriores formas de

observar, se requiere paciencia. Observar antes de dar un diagnóstico, antes de notar la forma de lo oculto y, por supuesto, antes de lanzarse a escribir.

José Antonio Abella es médico, escultor y escritor. En la actualidad, ocupa todo su tiempo con la tercera faceta. Y en su premiada novela (cuyo germen hay que situarlo hace veinte años) ha reunido la paciencia de quien sabe poner la mirada en una historia ante la que el resto, tal vez de manera inconsciente, renunciaríamos por no saber esperar, como hacen los buenos documentalistas de la naturaleza, que practican el acecho para ser testigos (y hacernos cómplices) de momentos mágicos e irrepetibles. Algo parecido a conseguir poner sobre el papel el latido de un cíclope.